



Memoria

Tiempo de pascua, tiempo de memoria. En esta palabra me querría fijar hoy: memoria.

La memoria es decisiva en nuestra vida porque nos recuerda de dónde venimos. La memoria nos diferencia de los animales, que no se acuerdan de su niñez. Nos permite saber que en otro tiempo fuimos vulnerables y necesitamos ayuda, que fuimos acogidos y sostenidos. Nuestro recuerdo se remonta a nuestra familia: venimos del amor de nuestros padres. Tener memoria es tener espacios amplios, porque pertenecemos a una gran historia, en donde se sitúa la nuestra. Sin memoria seríamos una pequeña poza de agua estancada. Con memoria somos la poza de un río de montaña, que recibe continuamente el agua pura de las cumbres y la transmite sin pausa. Y nuestra vida se agranda.

Pues bien, toda la vida cristiana es memoria de la Pascua. En la noche de la resurrección hemos nacido como cristianos. Porque de esa noche mana el agua nueva de nuestro bautismo.

Desde esta memoria de la Pascua el cristiano vive estos tiempos difíciles. Todo tiempo difícil es tiempo de memoria, aunque de una memoria que sufre. Durante el coronavirus la memoria nos parece triste, es memoria de lo que hemos perdido, de todo lo que antes podíamos hacer y hoy nos está prohibido.

Ahora bien, la Pascua nos dice que nuestra memoria es más honda que la tristeza.

Pues la Pascua recupera, en primer lugar, la memoria de la creación. Si Cristo ha resucitado, es que el Dios Creador no ha abandonado su obra creadora. “Tanto amó Dios al mundo”, que quiso darle vida para siempre y sentarlo a su derecha para compartir su misma vida. Así que la resurrección de Jesús retoma de nuevo aquel primer día cuando Dios creó la luz y destruyó a las tinieblas. Más allá de todos los recuerdos tristes de lo que hemos perdido, está el recuerdo de un amor primero, que nunca podremos perder.

Pero, además, la memoria de la Pascua es una memoria que no se queda en lo pasado. Pues la Pascua anticipa ya el final de la historia, es decir, la resurrección de nuestros cuerpos. Por eso recordar la Pascua es recordar lo que va a venir para cada uno de nosotros. Recordar la Pascua es recordar la victoria última de la vida sobre la muerte. Se trata de una memoria particular, una memoria del futuro... Por eso esta memoria está llena de esperanza, nos invita a mirar al mañana.

En el Evangelio del día de hoy, Jueves de la Semana de Pascua, Jesús muestra a los discípulos sus heridas. El Resucitado no ha perdido la memoria. Las heridas siguen presentes. Son las heridas que le hicimos los hombres, a los que tanto había amado. De por sí serían memorias dolorosas. Y, sin embargo, a la luz de la resurrección, son memorias de alegría. ¡Felices heridas, que trajeron la salvación a los hombres!

San Justino Mártir dice que cuando Cristo ascendió a los cielos los ángeles no le reconocían, y decían las palabras del salmo: “¿Quién es este rey de la gloria?” Es decir: ¿cómo puede ser este el rey de la gloria, si viene lleno de las heridas de la crucifixión? San Justino piensa que el recuerdo de estas heridas acerca a Cristo al dolor de su Iglesia peregrina. Vivido en Cristo, el recuerdo de este sufrimiento tan duro, será recuerdo de gloria, recuerdo de una vida transmitida. Y esto se aplicará incluso a nuestros pecados, nuestras quejas, nuestra pérdida de paciencia en este tiempo de prueba. En el cielo recordaremos estos pecados, pero no nos pondrán tristes. Al contrario, al recordarlos, aumentará nuestra gratitud, porque los veremos unidos a las llagas gloriosas del resucitado.